



Hannah Arendt



**Marcos García de la Huerta
María José López Merino**

TIEMPOS DE OSCURIDAD

Diálogos con **Hannah Arendt**

EDITORIAL UNIVERSITARIA

Tiempos de Oscuridad

70
 años
 Construyendo Cultura



EDITORIAL UNIVERSITARIA

EL SABER Y LA CULTURA

320.53

G216t

García de la Huerta, Marcos.

Tiempos de oscuridad : diálogos con Hannah Arendt

/ Marcos García de la Huerta, María José López Merino.

1a. ed. - Santiago de Chile: Universitaria, 2018.

127 p.; 15,5 x 23 cm. - (El saber y la cultura)

Incluye notas a pie de página.

Bibliografía : p.123-128.

ISBN: 978-956-11-2586-5

ISBN Digital: 978-956-11-2761-6

1. Totalitarismo. 2. Nazismo. 3. Campos de concentración.

4. Detenidos desaparecidos - Chile -. 1973-.

5. Arendt, Hannah, 1906-1975 - Pensamiento político y social.

I. t. II. López Merino, María José.

© 2017. MARCOS GARCÍA DE LA HUERTA, MARÍA JOSÉ LÓPEZ MERINO.
Inscripción N° 286.087, Santiago de Chile.

Derechos de edición reservados para todos los países por

© EDITORIAL UNIVERSITARIA, S.A.

Avda. Bernardo O'Higgins 1050, Santiago de Chile.

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de la portada,
puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por
procedimientos mecánicos, ópticos, químicos o
electrónicos, incluidas las fotocopias,
sin permiso escrito del editor.

Texto compuesto en tipografía *Bembo 12/14,5*

imagen de portada

tristan tan/shutterstock.com

diagramación

Yenny Isla Rodríguez

diseño de portada

Norma Díaz San Martín

ESTE PROYECTO CUENTA CON EL FINANCIAMIENTO DEL
FONDO JUVENAL HERNÁNDEZ JAQUE 2016
DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE.

www.universitaria.cl

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

Marcos García de la Huerta • María José López Merino

Tiempos de Oscuridad

Diálogos con Hannah Arendt



FONDO JUVENAL HERNÁNDEZ JAQUE

La publicación de esta obra fue evaluada
por el Comité Editorial del Fondo Juvenal Hernández
y revisada por pares evaluadores especialistas en la materia,
propuestos por Consejeros Editoriales de las distintas disciplinas.



EDITORIAL UNIVERSITARIA

‘Aún en los tiempos más oscuros tenemos el derecho a esperar cierta iluminación, y dicha iluminación puede provenir menos de las teorías y conceptos que de la luz incierta, titilante y a menudo débil que algunos hombres y mujeres reflejarán en sus trabajos y sus vidas bajo cualquier circunstancia y sobre la época que les tocó vivir en la tierra’

Hombres en tiempos de oscuridad. Prefacio

ÍNDICE

Prólogo

PRIMERA PARTE

MARCOS GARCÍA DE LA HUERTA

¿Qué nos lleva a pensar?
Comprensión y teoría

Totalitarismos renovados

¿El (o los) totalitarismo(s)?

El concepto restringido de totalitarismo

Concepto extensivo: totalitarismos perfeccionados

Neototalitarismos

Tecnocracia y totalitarismo

El nazismo y la tradición

Apoliticismo y carencia de mundanidad. Arendt-Heidegger

El concepto del mundo

SEGUNDA PARTE

MARÍA JOSÉ LÓPEZ MERINO

Totalitarismo, campos de concentración y problemas de comprensión

Comprender después del totalitarismo

Historia de la infamia y su recuerdo

La comprensión y el problema del mal

Comprender después del totalitarismo y el pensar sin
barandas

La pregunta de McCarthy: ¿totalitarismo o dictadura?

Los '*Detenidos desaparecidos*' y el daño al cuerpo político:
una perspectiva arendtiana

El crimen de los detenidos desaparecidos

La irrealidad del campo y la ambigüedad entre la vida y la
muerte

La otra ambigüedad, la del detenido desaparecido

Los daños implicados: víctima, familiares, Estado y
comunidad política

El aparecer del 'detenido desaparecido'

Bibliografía

PRÓLOGO

La pregunta “¿qué nos lleva a pensar?” plantea una cuestión preliminar referente a los orígenes del pensamiento y su relación con el acontecimiento, es decir, con una experiencia que provoca un deseo de comprender. Es esa necesidad de entender lo que informa y guía el pensamiento, algo fundamentalmente distinto de la explicación teórica, propia del conocimiento científico, un saber que establece una distancia con el objeto y no es vinculante.

Si se trata de la experiencia del totalitarismo, como es el caso de Hannah Arendt, una primera pregunta sería: ¿hasta qué punto su reflexión sobre el totalitarismo -nazi y estalinista- conserva validez?, ya que regímenes con esas características difícilmente podrán repetirse, entre otras cosas, por el efecto de inmunización que ellos mismos provocaron. Pero el punto es si no pueden resurgir, asumiendo formas diferentes o adecuadas a un mundo que ciertamente cambió de cuadrante.

Es eso, a fin de cuentas, lo que interesa, y es la cuestión que organiza la primera parte de este libro: si el totalitarismo fue un acontecimiento singular e irrepetible, que se replicó en dos versiones parejamente aterradoras, o conserva alguna vigencia y sus rasgos más característicos se reproducen en otros regímenes, sin perjuicio de algunas propiedades exclusivas de esos dos prototipos. Aun admitiendo que tuvo una “terrible originalidad” y que sus “acciones rompieron con nuestras tradiciones”, el

totalitarismo, aparentemente, dejó más de alguna herencia. Desde luego, las técnicas de dominación que inauguró las adoptaron otros regímenes, prescindiendo de algunos rasgos del original.

¿Es posible hablar, entonces, de totalitarismos renovados, de neototalitarismos o incluso de totalitarismos *disfrazados*, si se trata de regímenes que, sin vulnerar el Estado de Derecho ni recurrir al terror como técnica de gobierno, instalan formas de dominación suficientes para ahogar la libertad, sin llegar a la “dominación total” ni a la brutalidad de las técnicas y procedimientos de los totalitarismos clásicos?

Esta pregunta se aparta, sin duda, de las lecturas internas de Arendt, a pesar de que ella misma alcanzó a percibir el surgimiento de nuevas realidades políticas que no se ajustan a su caracterización; en este caso ponía entre comillas *totalitarismo*, para advertir que se trataba de algo distinto y dejaba abierta, al mismo tiempo, una relectura de *Los orígenes del totalitarismo*, que se hiciera cargo, justamente, de las nuevas realidades emergentes. En esa obra ella excluía expresamente los regímenes dictatoriales como los de Franco o Salazar, incluso el de Mussolini y de la China de Mao, por razones diferentes en cada caso, pero sin renunciar a la simetría o correspondencia que ella establecía, entre nazismo y estalinismo. Correspondencia, por demás, dudosa pero a la vez iluminadora, porque el surgimiento de “totalitarismos” renovados no desmiente dicha simetría, antes bien, la repone sobre nuevas bases.

Pero esto significa, por otra parte, que, sin renunciar a la lectura interna, ceñida a la letra, es posible *pensar a través* de Arendt lo que ella dejó sin respuesta y por pensar. María José López recuerda, a este respecto, que Mary McCarthy le preguntó a su amiga Hannah si el carácter del régimen que se estaba imponiendo en Chile en 1973 respondía a su caracterización del totalitarismo. Por más que buscamos una respuesta, no se encuentra ni en su correspondencia ni

en su *Diario filosófico*. Pero no es ese silencio lo que interesa sino la pregunta misma y, sobre todo, la tentativa de respuesta. Eso implica, por de pronto, una interrogación sobre dos ideas centrales: el carácter “único y sin precedentes” del totalitarismo y el rompimiento del “hilo de la tradición”.

Si se tratara solo de los “orígenes” del totalitarismo el problema quedaría circunscrito a los antecedentes históricos del mismo. El reproche de “historicismo”, sin embargo, es injustificado en la medida que la caracterización arendtiana se refiere a las bases o fundamentos del sistema. Ella no se limita a la narrativa o a la descripción de eventos más o menos fortuitos sino que intenta establecer conexiones sistemáticas y elaborar *un concepto* de totalitarismo. ¿Cómo podría, entonces, ser tan “único” el totalitarismo, si hubo por lo menos dos?

Desde ángulos y perspectivas diferentes, los autores de este libro convergen en afirmar que los regímenes militares que surgieron en Latinoamérica a fines del siglo pasado constituyen realidades hasta cierto punto inéditas, para las que no existe un nombre, porque se distinguen de las dictaduras conocidas en el Cono Sur y en el Continente. Sin embargo, si se puede afirmar, con Arendt, que el totalitarismo “es el acontecimiento central de nuestro tiempo”, es porque estos regímenes tienen un inconfundible “parecido de familia” con sus ancestros, a pesar de las diferencias que, por lo demás, existen entre los dos protototalitarismos. El totalitarismo ideológico, sustentado en una concepción del mundo o en una filosofía de la historia, perdió vigencia junto con la erosión de las ideologías mismas. Pero los gobiernos “de emergencia” que conocimos se las arreglaron muy bien sin ideologías universalistas, sin racismo ni clasismo y sin partido único: la fuerza armada hacía las veces del partido único. Los protototalitarismos, por su parte, a pesar de que proclamaban “el *Reich* de los mil años” o el triunfo definitivo

del socialismo sobre “las clases moribundas”, a la postre, en la óptica de una “historia larga”, resultaron casi tan fugaces como las dictaduras que, paradójicamente, se legitimaban invocando su carácter “transitorio”, un rasgo de realismo del que carecieron por completo los totalitarismos clásicos, que pretendían responder a una “necesidad histórica” o encarnar una “causa de la humanidad”.

Un segundo aspecto de la caracterización arendtiana del totalitarismo se refiere a su carácter inédito o “sin precedentes” en la tradición, lo que ella llama la “brecha” con el pasado y su carácter disruptivo con la tradición intelectual, un asunto que plantea la pregunta sobre si esa supuesta ruptura responde a un deseo exculpatorio -ella misma había sido formada en esa tradición-, o por la necesidad de evitar una tipología de los regímenes a lo Montesquieu. Al menos en el caso del estalinismo, la filiación con la tradición marxista parece fuera de toda duda.

“Apoliticismo y carencia de mundanidad”, el último ensayo de la primera parte, trata sobre la cuestión de la indiferencia hacia la política -un caldo de cultivo de los totalitarismos-, que a veces se manifiesta en hostilidad y se traduce en actuaciones fallidas. Esa “animosidad o animadversión (*Abneigung*) contra la política” Arendt la advierte en la mayoría de los filósofos. Ella misma tiene una reserva frente a la filosofía, en particular frente a la filosofía política, que es al mismo tiempo una prevención frente a Heidegger. Este es un punto central de su pensamiento y se vincula, en efecto, con la aventura nazi de Heidegger y con su propio “despertar del sueño político”, es decir, con una experiencia de pérdida de mundo. Este capítulo analiza, precisamente, la relación entre ambos autores a la luz de la tensión entre filosofía y política, un asunto que, por otra parte, permite hacer manifiesta la radical diferencia de ambos en la comprensión del acontecimiento. La discusión de la idea de “carencia de mundanidad”

(*Unweltlichkeit/worldlessness*) y la de “apoliticidad” permitiría despejar algunas interrogantes y paradojas planteadas a este respecto.

En el siguiente capítulo María José López abunda en el problema de los campos de concentración, “la institución central” de los regímenes totalitarios, en tanto son el centro de administración del terror y su foco de irradiación hacia el conjunto de la sociedad. Son, por otra parte, instituciones opacas, que parecen aberrantes e irracionales –remisas al sentido común–, desde luego, porque no responden a cánones de conveniencia o de utilidad. Pero son “centrales” también porque, como el propio totalitarismo, “rompen con nuestros más elementales cánones de comprensión y criterios de juicio moral”. En eso consiste, por otra parte, la “brecha” que los totalitarismos abren con el pasado, aunque cabe preguntar si esta ruptura es una característica exclusiva de regímenes que legitiman el exterminio y en cierto modo lo institucionalizan en sitios o lugares de aniquilación.

En “El ‘desaparecido’ como sujeto político” la autora resalta la condición de irrealidad y la ambigüedad del concepto de “muerte presunta”: un ‘alguien’ del que se perdió el rastro y cuyo rostro reaparece, una y otra vez, mucho después, en una imagen de pancarta o en la foto que exhibe un familiar. La víctima se convierte así en una suerte de sujeto político cuya presencia consiste en estar ausente, *desaparecido*. Desaparece el significado mismo de la muerte como la conocemos: como extinción del otro. La conjetura y la presunción invaden la muerte a falta de antecedentes y en ausencia de un cadáver. A diferencia de la tumba del soldado desconocido, que honra la gloria del caído anónimo, la tumba sin nombre (NN) cubre con el oprobio del anonimato al *desaparecido* y le inflige en cierto modo una segunda muerte, simbólica, presunta.

Esta hermenéutica del “desaparecido”, aparentemente confeccionada a la medida de lo que llamamos

“totalitarismos renovados”, no se refiere a una figura del todo desconocida para Arendt: es la figura invertida de los vivos-muertos, descrita en *Los orígenes del totalitarismo*, correspondiente a los internados en los campos, que son para ella, justamente, *muertos en vida*. El caso del *desaparecido* es distinto, según se deja leer en esta primera versión, porque no se trata de vivos que están como si estuvieran muertos, sino de muertos que siguen como si estuvieran vivos. Siguen presentes

-o no están del todo ausentes- porque permanecen en la memoria de los vivos, pero no están con ellos, aunque vuelven una y otra vez en el recuerdo, haciendo presente a todos los vivos la ausencia de los que deberían estar todavía, pero ya no están ni volverán a estar jamás entre ellos.

La vida y la muerte adquieren una presencia ubicua en la perspectiva de la figura del *desaparecido*, no tematizada en Arendt, al menos no en la misma óptica del asunto que aquí interesa, porque el *desaparecido* es una figura ausente en los protototalitarismos. No hay “muertos presuntos” donde hay política de exterminio o aniquilación programada. Llámese Holocausto o Goulag, el exterminio se realiza conforme a una “ley” de la naturaleza o de la historia. La presunción de muerte, en lo que respecta a la figura del *desaparecido*, corresponde a la de la muerte que se deja en suspenso por falta de justificación y falta u ocultamiento de evidencias. El *desaparecido* no encaja en ninguna de las ideologías genocidas: no pertenece a una “raza inferior” ni a una “clase moribunda” ni a ninguna otra variedad de seres “en extinción”. El “muerto presunto” es la figura que responde a una legitimidad presunta, viciada; en rigor, representa la carencia de toda legitimidad.

La figura del *desaparecido* muestra otra arista del totalitarismo, pues, si bien este supone la “dominación

total” y el terror, puede haber terror sin política de exterminio. Eso es lo que muestran los neototalitarismos, y en eso consiste su “perfeccionamiento”: en extender el terror sin “dominación total” y sin política de exterminio: el campo de concentración es “la institución central del totalitarismo”. Las “leyes” de la naturaleza o de la historia sirven al ejercicio del poder total, pero si faltan esas ideologías el gobierno no deja necesariamente de ser totalitario. No sería tanto la ideología como el terror el sostén del gobierno y no sería necesario aspirar al dominio del mundo para ejercer la dominación.

Los “vivos muertos” de Arendt son lo que se llama comúnmente “muertos en vida”, individuos que aun no habiendo expirado ya no pertenecen al mundo de los vivos, se les ha privado no solo de todo derecho sino de todo lazo con sus semejantes y despojados de su personalidad moral. Condenados a vivir en un limbo en la tierra, los “muertos en vida” son, en cierto modo, la réplica biológica de los “muertos presuntos”: permanecen con vida, aunque han muerto para el mundo; en cambio el “desaparecido”, aunque físicamente muerto, vive para el mundo en el recuerdo y en las acciones de los vivos.

MARCOS GARCÍA DE LA HUERTA

PRIMERA PARTE

MARCOS GARCÍA DE LA HUERTA